

Entre ángeles y demonios anda el juego

♦
BEATRIZ ESPEJO

Para Helena Beristáin

Uno se siente indefenso en las grandes urbes. Inglaterra es un país de condenaciones y símbolos monárquicos grabados en las piedras de sus edificios. Lo prueba la Abadía de Westminster con naves altísimas, vitrales coronados por caleidoscopios azules y rojos y lápidas sepulcrales de grandes personajes. Da gusto encomendarse a todos los santos bajo esas bóvedas como lo hice en misa el domingo a las doce, pensaba Arturo Elías subiendo pausadamente las escaleras del Museo Británico. No desaprovecharía la oportunidad que se le presentaba al haber sido invitado en Londres para la convención trianual de directores de correos. Las juntas se sucedieron con absoluta puntualidad. Los organizadores que aparecían llovidos del cielo a ritmo del tic tac, vestidos de azul marino, chaleco, bombín, leontina en mano, abrían y cerraban sus relojes sólo para comprobar que marchaban con la hora del Big Ben, y develaban una actitud ligeramente despectiva hacia los habitantes del planeta que no tuvieran la saludable costumbre de respetar normas del Reino Unido. Aquella especie de superioridad que Arturo creyó notar se apoyaba en la firme convicción de su eficacia. Las cartas iban de un rincón a otro de las Islas sin sufrir violaciones de ningún orden y con la escrupulosa exactitud que se cumplía al servir el té a las cinco de la tarde.

¡Ah, si nosotros pudiéramos igualarlos! ¡Si nuestra correspondencia no pasara meses empolvándose ni se perdiera en el camino ni llegara a direcciones equivocadas!, se dijo Arturo Elías. Pues en honor a la verdad por él no quedaba la cosa. Procuraba cumplir pródicamente y de

manera ejemplar su gestión al frente de Correos Mexicanos. Se esforzaba cuanto podía sin sacarle el bulto siquiera a la engorrosa tarea de los discursos quincenales frente al cuerpo de carteros que lo escuchaban tolerantes, resignados o atentos conforme sus lustros de servicio.

Arturo subió la entrada del museo después de haber asistido a juntas y bailes alternando con representantes conspicuos de una burguesía cada vez más creciente y más llena de pujos aristocráticos. Adentro, los mármoles del Partenón le quitaron el aliento, el saqueo de Troya, batallas entre griegos y Amazonas, combates entre dioses y gigantes, entre centauros y hombres; admirable el movimiento de la escultura griega, pasmoso su genio para plasmar al hombre enfrentando ejercicios que superan sus fuerzas, pensó Arturo Elías. Respiró un par de veces tapándose un orificio de la nariz como acostumbraba y se sintió satisfecho de apreciar en piedra viva tales maravillas. Aunque era metódico por naturaleza, no seguía al pie de la letra el plano del repositorio ni el orden de las salas porque su estancia en la ciudad sólo se prolongaría tres días más y aún le quedaba mucho por ver. Decidió dedicarse a los tesoros egipcios, los oros y ornamentaciones que tanto habían influido el nuevo arte. Caminó por un pasillo y, claro, no permaneció indiferente. Ahí estaban los vestigios del Palacio de Nimrud, los colosos que guardaban su entrada, mitad bestias humanas mitad espíritus protectores labrados por órdenes de un rey que vivió novecientos años antes de Cristo. Arturo no quiso siquiera calcular el cúmulo de siglos. Embobado, siguió la ruta que seguían otros turistas cuando de pronto tuvo un descubrimiento maravilloso. Sobre un muro había una mujer ángel, un ángel mujer que le guiñaba el gran ojo de su pétreo perfil

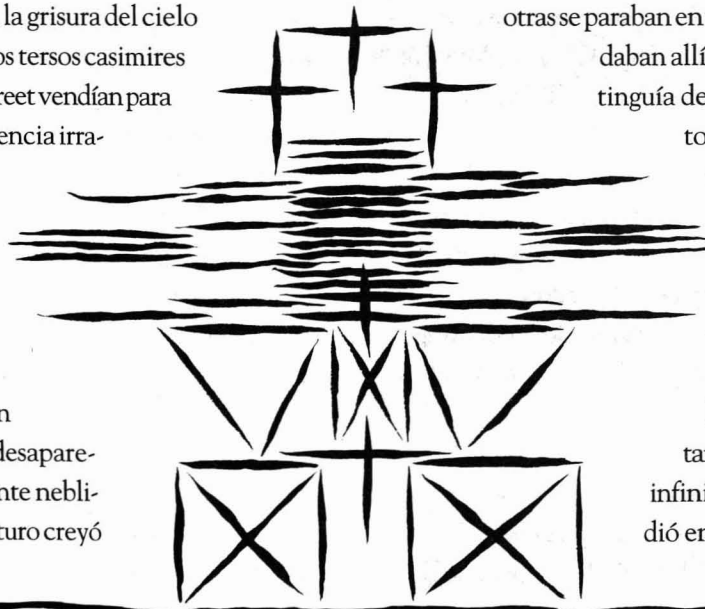
árabe. Arturo había pensado siempre que los ángeles no tienen sexo; pero estaba ante la evidencia de tal equivocación. La ángela mantenía la mano derecha abierta, pulseras en las muñecas y cuatro alas que le daban aspecto de esplendorosa libélula. Un rudo casquete redondo le apretaba el cabello crespo adornado en las puntas por cuentas de oro. La engalanaban largos pendientes, brazaletes y su mano izquierda sostenía una trenza de cascabeles. Sus pies persuasivos, dedos salientes entre las correas de las altas sandalias, parecían dar un paso al frente. Su falda era parte de plumas; parte de tela; las caderas minuciosamente talladas con jeroglíficos cuneiformes que escondían mensajes secretos. Arturo intentó continuar el recorrido; sin embargo regresó. La ángela lo seguía con la mirada oblicua como si buscara un diálogo transmitido hacia el centro nervioso del cerebro. Arturo nunca había sentido una pasión ni alentado otro propósito que ser buen padre de familia, ciudadano honrado y honesto servidor público; pero sucumbió bajo un fulminante enamoramiento; uno de esos chispazos alegres y categóricos que sólo el amor a primera vista es capaz de motivar. Ya no se interesó por las tumbas faraónicas ni por su cultura tanática y salió rumbo a Bloomsbury alentado con un vago sentimiento de triunfo y optimismo. Esa noche la calefacción de su hotel le propició el sueño profundo de los dichosos.

A la mañana siguiente había dispuesto todo para rasurarse y proceder con el precavido cuidado que ponía incluso en sus acciones más cotidianas e inocuas. Obtuvo una abundante jabonadura, se la embarró sobre la barba y estaba afilando su navaja cuando toda su habitación fue alumbrada súbitamente. Los destellos no se debían a la pálida luz de la ventana ni a la grisura del cielo londinense entonado con los tersos casimires que en las tiendas de Bonn Street vendían para trajes de caballero. La refulgencia irradiaba de la ángela sentada en un sillón de orejas y tapiz floreado. Sus cuatro alas yacían extendidas a manera de colcha. Lo miraba y sonreía ofreciéndole algún trato, ¿pero cuál? Sin que llegara a consumarlo, desapareció entre la misma opalescente neblina en que había surgido. Arturo creyó

alucinar. Sí, aquellas visiones eran fantasías motivadas por la contemplación prolongada de espléndidas obras artísticas. Terminó su acicalamiento personal algo tembloroso y salió a la calle. En Regent Street oyó taconeos a su espalda. Volteó un par de veces. Nada. Tuvo las mismas sensaciones en la estación Victoria y hasta en Liberty donde fue a comprar colonias y mascaradas de gasa para su mujer. Nadie se hallaba detrás. Uno se siente indefenso en las grandes urbes, se tranquilizó Arturo repitiendo lo mismo nuevamente.

La travesía de regreso se deslizó sin contratiempos confortada con entretenimientos variados, espléndidas comidas y conversaciones cordiales de pasajeros y tripulantes. Arturo encontró horas gratificantes para reconstruir recuerdos de reuniones en alcaldías y cenas en el Café Royal. No tuvo el menor escrúpulo convenciéndose a sí mismo de que los jardines ingleses superaban los de su amigo Rutilio Rosas del Castillo, quien solía ufanarse de ser jardinero excelente cuando cultivaba mujeres y plantas, y por asociación de ideas Arturo se felicitó a sí mismo por haberse comprado un esmoquin cortado a la medida. Lo usaría en alguna fiesta organizada por el propio Rutilio. Ese traje mataría de coraje a José Castelló, siempre envidioso del bien ajeno y siempre dueño de recursos económicos adecuados para mejorar lo inmejorable. Arturo salió a una de las cubiertas y se recargó en la baranda resguardado bajo un sombrero Panamá con ancha cinta negra. Observaba deleitosamente la inmensidad del mar tranquilo. El trasatlántico permanecía aún a muchos kilómetros de la costa pero unas aves cruzaron los cielos. Varias gaviotas con las alas tirantes como cuchillos surcaron el aire dejándose llevar por una brisa apenas perceptible;

otras se paraban en el cilindro metálico y se quedaban allí sin sentir temor. Una se distinguía de las demás, revoloteante en torno a la inofensiva humanidad de Arturo, parecía portar un casquetito dorado. ¿Tenía cuatro alas? Por supuesto que no. Era una blanca gaviota y no un aborto de la extravagancia. Finalmente todas se remontaron rumbo al océano, hacia la infinitud celeste. Y Arturo las perdió en la lejanía aunque quiso se-



guirlas limpiando sus espejuelos con el pañuelo y aguzando la vista hasta que se convirtieron en un punto imperceptible.

Tan pronto puso pie en tierra firme se dispuso a cumplir responsabilidades. Asumió el despacho de los asuntos que sobre su escritorio se habían acumulado en interminables montones. Y con la intensa y provechosa actividad del primer día no se dio cuenta que entraba a su oficina, sin anunciarse ni ser precedido por algún empleado, un personaje anodino del que nadie le hubiera dado la menor referencia. Arturo sintió un leve sobresalto antes de preguntarle la causa de esa visita.

—Sabe usted —respondió el individuo con actitud comedida— frente al edificio de Bellas Artes, tuve el impulso irrefrenable de cruzar la calle y entrevistarle a usted... Estoy en una necesidad económica angustiante y he venido a venderle lo único que me queda, mi ángel de la guarda que, dicho sea de paso, cumple mal su cometido.

Arturo lo escuchaba con asombro. En sus cincuenta y dos años de cómoda existencia jamás había oído una locura semejante. ¿Comprar un ángel de la guarda? Se suponía que ya poseía uno propio. Siempre lo supo desde que de niño rezaba arrodillado en la oscuridad de su alcoba, ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, y al creerse protegido sus sueños infantiles se acompañaban con una respiración tranquila. Además, ¿por qué se le ocurriría a ese individuo cara de yo no fui proponerle precisamente a él la compra de algo tan intangible, inodoro, incoloro e insípido como un ángel? Inter cambiaron dos o tres palabras y se aclararon las cosas. Los ángeles son mensajeros, ¿no se acordaba del momento en que la Virgen había recibido la buena nueva de su maternidad? ¿Y no era acaso Elías un director de correos afligido por el inhábil funcionamiento de la institución? Importaban poco los métodos ortodoxos; importaba más que los buenos propósitos se cumplieran. Arturo pagó con ánimo humorístico y monedas contantes y sonantes hasta el último centavo requerido, exigiendo como parte de la broma un recibo y una factura debidamente estipulados.

A partir del intercambio de documentos y tan pronto quedó solo, un talante optimista se adueñó de su persona. Su carácter pusilánime se hizo festivo, burbujeante y loco como el champaña. Impulsivamente se levantó de su silla giratoria y parado junto a su secretaria particular, modelo de lealtad y resignación, dijo:

—¿Señorita, le gustaría venderme su ángel de la guarda?

—¿Mi ángel de la guarda, señor? ¿Es que puede venderse algo que nadie ve?... —y tras un segundo de duda—:

Bueno, mi madre quiere que dejemos nuestro departamentito del centro y nos mudemos a la colonia San Rafael...

Esta vez Arturo extendió un cheque y desde ese momento, si sus finanzas se lo permitían, compraba ángeles y apilaba facturas poco convencionales en la caja fuerte. Jamás regateaba ni buscaba la mercancía. Se limita a esperar que llegara a él con formal regularidad. La noticia de que era un comprador angélico se extendió rápidamente y casi diario alguien le vendía ángeles de la guarda a bajo precio. El resultado fue un éxito completo. Las personas que entraban al palacio estilo veneciano ubicado en la esquina de Tacuba pedían sus estampillas tras la magnífica rejería, depositaban sus cartas en los buzones enmarcados con filetes de bronce y se asombraban de que llegaran a sus destinatarios con celeridad inusitada, impropia de nuestro temperamento patrio inclinado a la calma. Los encargados del servicio postal se apresuraban a seleccionar las misivas antes de meterlas en sacos rayados con los colores de la bandera y los emisarios las entregaban a paso veloz hasta las más alejadas, inhóspitas e incomunicadas regiones del país.

Arturo no cabía en sí de gozo. Lo enorgullecía la constatación del deber cumplido más allá de sus expectativas. Lo cubría de solvencias espirituales el hecho inesperado de superar a los británicos con la puntual llegada de la correspondencia. Los carteros la llevaban a los pueblos cálidos de Tehuantepec, las nieves de la sierra Tarahumara, las costas caliginosas de la península yucateca y demás confines del planeta. Las respuestas se cruzaban con la misma prontitud y si bien Arturo no recibió ascensos, porque desde el principio ocupaba la dirección, obtuvo reconocimientos estimulantes. Su salario le rendía en forma inusitada, su mujer se mostraba obsequiosa, dispuesta a complacerle cualquier capricho doméstico sin reprocharle que sus ideas fueran aburridas y sedentarias. Incluso sus amigos celebraban los chistes que contaba torpemente porque se reía antes de terminarlos. Las personas buscaban su compañía y hubo propuestas para reconocerlo como el funcionario más distinguido del año y condecorarlo durante una magna ceremonia. Se afirmaba que si cada mexicano cumpliera su cometido con tanta eficacia, el país entraría al reino de lo utópico, y se convertiría verdaderamente en el cuerpo de la abundancia cuya forma los maestros de escuela señalaban con ayuda de los mapas que desenrollaban sobre el pizarrón.

Al menos cada mes, Rutilio Rosas del Castillo recibía invitados en su casa poniendo su talento de anfitrión al servicio de una buena velada. Arturo Elías y José Castelló se hallaban entre sus íntimos y no era raro que deseara oír por boca

del protagonista lo que consideraba la chifladura de los ángeles, motivo de risas para unos, de pasmo para otros, de recursos económicos para otros más. Rutilio disfrutaba la compañía femenina pero las reuniones entre hombres tampoco le desagradaban. Ordenó un ambigü frío y descorchó un Chambolle-Musigny Les amoureuses seleccionado especialmente para él, según lo especificaba la etiqueta. Todavía tenía el brazo en cabestrillo a resultas del duelo pero no avivó rencores. Revisaba la mesa, el tenor del vino, todas las cosas al punto, cuando su asistente le avisó que José acababa de llegar. Se abrazaron con la misma cordialidad de siempre, aunque Castelló mantenía el ceño fruncido y el ánimo suspicaz. Tres o cuatro comentarios suyos dejaron entrever que el repentino éxito de Elías le causaba cierto resquemor.

—¿No te parece, Rutilio, que a últimas fechas Arturo se ha convertido en un mimado de la fortuna? —dijo burlón.

Rutilio iba a responder cualquier ocurrencia cuando entró Elías con un esplendente fistol en la corbata y una sutil y docta gentileza como de quien ha superado los avatares de este mundo. Pidió un whisky al que se había vuelto muy aficionado e inició una conversación sin prolegómenos porque, con su pelo pegado al cráneo y su barbita puntiaguda de diablo de lotería, Castelló lo increpó sarcástico.

—Hemos oído —y daba por descontado que Rutilio permanecía al tanto y lo secundaba— que te dedicas a comprar los ángeles guardianes de cuanto muerto de hambre hay en esta ciudad.

Antes de venir esperaba el comentario. Así, Arturo se sacudió una basurita inexistente de la solapa, se acarició el fistol y repuso con la mayor naturalidad y sin darle importancia.

—Sí. Y ese hecho inusual ha resultado un negocio magnífico que intento proseguir. Si alguno de ustedes desea deshacerse de un guardaespaldas, sólo tienen que fijarme el precio.

Los ojos de Rutilio brillaron humoristas, pero se mantuvo callado dispuesto a reproducir el diálogo frente a Ramona Quiroga para reírse un rato juntos; sin embargo, José Castelló entendió el asunto como agravio. Creyó que Elías se daba un lujo inaguantable, presumirle de especulador a un águila descalza cuando de exprimir pesos se trataba. ¿Acaso se habían colado rumores de que los bonos del Banco Central andaban a la baja?

—Si insinúas que mis finanzas se tambalean, permíteme asegurarte que aún puedo sacarte de apuros —dijo furioso.

El otro no se tuvo por aludido. Pidió el segundo whisky. Un acierta propensión al alcoholismo era algo contra lo que había dejado de luchar y se dispuso a beber despreocupadamente, mientras Rutilio encendía una chimenea casi siempre apagada. Los troncos prendieron con inusual prontitud. La lumbre creció en segundos y aquellos tres hombres, que se habían reunido a conversar, olvidaron el provecho de intercambiar opiniones y permanecieron contemplando el fuego sumidos en sus propios pensamientos. Rutilio sentía que la velada había terminado a los diez minutos por la plácida simplonería en que desde hacía meses se había instalado Arturo, quien disfrutaba su trago haciendo sonar los hielos contra el vaso convencido de su suerte indulgente. Y José no digería lo que juzgaba una impertinencia indigna de su prestigio monetario. Las llamas empurpuraban su rostro. Le ponían brasas en la mirada. Su proverbial espíritu competitivo le bullía por dentro y casi le sacaba humo por las orejas. Cruzaba la pierna, veía la lumbre reflejada en la punta de su boleado zapato, se movía como azogado y al fin rompió el silencio.

—Creí que desde una dirección bancaria lo había escuchado todo, absolutamente todo; pero es demasiado venirme a contar que compras ángeles... Y me parece francamente indignante que intentes apoderarte del mío. —Luego añadió jalándose la barbilla con la prontitud de haber hallado una inspiración genial—. Te lo vendo. Te vendo mi ángel si me vendes tu diablo. Podría serme de mayor utilidad —y su risa sonó medio extraña.

—¿Qué buena idea has tenido, Pepe! —contestó Arturo Elías consintiendo—. Desde hace un par de semanas cargo conmigo los títulos necesarios para cerrar negocios de este tipo. La experiencia me demuestra que se presentan en circunstancias inesperadas.

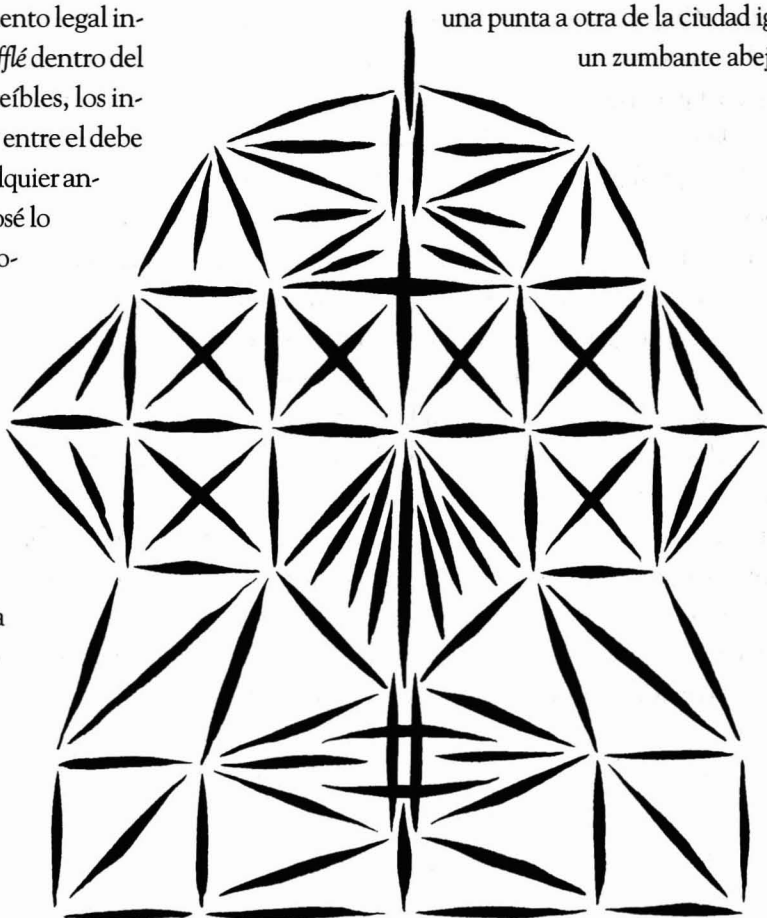
Desdobló unos papeles de su cartera y sobre el filo de la chimenea intercambiaron un ángel y un demonio tutelares mediante su palabra de caballeros y sus firmas respectivas. Rutilio se disponía a celebrar la chanza con agudos comentarios; pero la mirada firme, el tono de voz, la fría cordialidad comercial de sus invitados lo hizo admitir que aquello iba en serio. Entonces pensó que habían enloquecido y él, tan mundano y acostumbrado a los imprevistos, a los lances guerreros y amorosos, no supo qué cara poner ni cómo conservarlos un rato más en su compañía. Al cuarto de hora, como si estuvieran de acuerdo y nada más los retuviera, se despidieron en la verja sin probar la cena. Tomaron rumbos opuestos de la Avenida Jalisco en tinieblas por el deficiente alumbrado citadino; sin embargo, a cada

uno lo guiaba un linterna de diferente luz. Caminaron bajo la noche siguiendo un magnetismo, como los pájaros emigrantes que encuentran fácilmente el camino de regreso al punto de donde partieron.

Se extendió pronto la noticia de que José Castelló compraba diablos guardianes, embaucadores y transas. Se supo sin necesidad de anuncios periodísticos ni volantes callejeros. La noticia se extendió densa y tersamente igual que una mancha de petróleo, y a las oficinas del Banco Central, con sus anchas puertas y sus mármoles negros, llegaban vendedores que pedían hablar discretamente con el director. Los distinguía una ira, una ofuscación mal disimulada y contagiosa y, aunque parezca exagerado, viendo ese ejemplo, desde los porteros y vigilantes auxiliares hasta el último cajero de la negociación optaron por deshacerse de su demonio particular. En los trámites de compra-venta José adoptó los procedimientos de Elías; pero la oferta superaba cualquier posibilidad especulativa. Le caían diablos del cielo o, mejor dicho, del suelo y no se daba a vasto para adquirirlos. Sus ínfulas de acumulador empedernido lo mantenían luchando a brazo partido. Cosechaba frutos inmediatos. Tortuosos caminos lo remontaban hacia esferas sociales sólo alcanzables por los privilegiados en este mundo. Ninguna transacción le era adversa. Los pagarés que tenía perdidos quedaban cubiertos antes de que el departamento legal interviniera, los bonos se inflaban como un *soufflé* dentro del horno, los libros registraban cifras antes increíbles, los inversionistas casi rogaban para ser admitidos y entre el debe y el haber, el haber crecía pasmosamente. Cualquier antiguo tropiezo se esfumó sin dejar vestigios y José lo disfrutaba. Al revés de Elías no tuvo revelaciones furtivas o encuentros inexplicables. En cambio notó ciertas transformaciones. El cutis le brillaba ligeramente arbolado. Los trajes le caían con menos holgura pero con más prestancia. El anillo heráldico de su dedo rutilaba y sus carcajadas eran más sonoras e impactantes. Se desatendió de los amigos pero se ocupó de sí mismo. Le molestaba un poco que su cuerpo despidiera un tenue olor azufrado y que de vez en cuando desprendieran chispas sus andares de hombre poderoso, capaz de imponer su voluntad con un guiño, un chasquido de lengua, un tronar de dedos. Sus fuerzas físicas aumentaron al grado de que, cuando algo no era a su entender conveniente para la bonanza bur-

sátil, podía alzar en alto la mesa de acuerdos sin deshacerse siquiera el nudo de su corbata y sin reparar en el tímido estupor de sus socios.

Acostumbrado a cumplirse caprichos, quiso prolongar su ostentación más allá de las paredes de su despacho y su caja de caudales. Decidió regalarse un Buick que había visto una semana antes en la agencia. Avenida Juárez número 90 era la dirección donde se hallaba aquel emblema de poderío. Le dio vueltas al vehículo y sin preguntar precio midió sus ventajas fascinadoras. Cinco llantas gordas de cara blanca, motor puntiagudo en inteligente diseño con la impecable y cuadrada carrocería y los asientos forrados de cuero, guardafangos y estribos negros y un llamativo amarillo en las partes restantes. Sólo un equipo de avezados ingenieros hubiera logrado inventar máquina tan magnífica. José Castelló extendió uno de esos cheques suyos de firma inimitable, pidió algunas instrucciones. Resistió la tentación de pararse ante la defensa delante y subir el vehículo hasta la altura de sus apreciaciones ópticas, para revisarle las entrañas, temiendo que los dependientes no recibieran bien sus demostraciones circenses y, por arte de magia, se convirtió en un chofer diestro. Nunca consideró la posibilidad de poner su tesoro máspreciado en manos de un chofer. Le gustaba manejar y se desplazaba de una punta a otra de la ciudad igual a un zumbante abejorro,



como si tuviera el don de la ubicuidad, como si sus demonios se agazaparan en las ruedas. Ni por un instante tomó en cuenta la guía automovilística que un suizo acararía dócilmente. Para Pepe la únicas reservas interesantes eran los dineros de su banco. En posesión del volante despreciaba a sus vecinos y se burlaba de ellos. Por las noches no respetaba el reposo del prójimo y hacía sonar su trompeta o su sirena porque su espléndido medio de locomoción disponía de ambas. En prevención de que alguien se atreviera a hacerle lo mismo, turbaba, sin el menor recato, los sueños de los injustos que dormían como justos. Creía que cuando llegaba a una fonda el personal en pleno, desde el encargado al último mozo, debía precipitarse para recoger su abrigo o su impermeable. Se paseaba cubierto de polvo o chorreando agua y barro por los salones de los hoteles. Olvidaba que los muebles de ricas telas no estaban destinados para servirle de toalla, y se instalaba cómodamente sin reparar en sus trajes manchados de aceite o bencina. Se presentaba en las comidas apestando a grasa. Durante las reuniones, enumeraba las víctimas que había hecho durante la jornada, viejas, chiquillos, perros, gallinas, y jamás evitaba detalles realistas en pro de los comensales. Si se le presentaba la oportunidad, aprovechaba la bomba, el desatornillador, la llave inglesa de otros automovilistas. Olvidaba que si su 60 h. p. causaba verdadera admiración en cualquier ruta, eso no quería decir que su propietario produjera lo mismo. Y en las ocasiones que decidía viajar al alba, trabajaba sus motores en toda su ruidosa potencia.

Por su parte, la existencia apacible de Arturo Elías llegó sin advertirlo al número 90 de Avenida Juárez donde se hallaba tras la vidriera un Buick blanco, *valve in head*, tan maravilloso que le abría la portezuela y develaba la parte interior donde se hallaba entre vapores tornasolados la mujer de sus quimeras, llena de ajorcas, collares, rizos y transparencias. Humanizada y paradójicamente inasible, como si no hubiera nadie adentro de esa envoltura perfecta, como si no fuera sino un largo cuello grácil y unos ojos pardos profundos. En su seno reposaba un venadito, símbolo de que los ángeles proveen bienes y agrados, las cuatro alas se desenrollaban y extendían sobre el mosaico de la tienda y se alegraba de tal suerte que llegaba hasta los pies de Arturo, quien embelesado adquirió el vehículo y lo pudo conducir sin ningún problema saliendo felizmente de la Motor Company S. A. hacia su domicilio.

Arturo sonaba su bocina sólo cuando era estrictamente indispensable. Nunca embestía a ninguna persona ni a ningún animal desaprensivo. Jamás hacía ostentación de su lujoso transporte que, forzoso es contarle, desconocía las descomposturas en medio de feroces aguaceros ni el atascamiento en lodazales. No causaba las molestias y desazones que trae consigo el progreso. Y los agradecidos transeúntes hablaban de la comedida educación de Arturo y de su comportamiento intachable.

Finalmente sonó la hora de las comparaciones. Los dos coches casi idénticos aparecieron estacionados frente a la acera de la Avenida Jalisco. Rutilio Rosas del Castillo había organizado una reunión. Asistieron personalidades importantes de la intelectualidad, la política y las finanzas entre las que se contaban el ex rector universitario, siempre echado para adelante con sus desplantes de genio y su mirada tristona, y el ex jefe del departamento editorial, un pequeño hombrecillo algo tartamudo que editaba a los autores clásicos empastados en opalina verde.

¿Fue el rector con sus prontos arrojados quien propuso una competencia formal entre tan inmejorables conductores? ¿Fue el editor, aficionado a los partidos de tenis que solía ganar con la agilidad de un mosquito? ¿Fue Rutilio que pretendía divertir a sus huéspedes y parado junto a los arriates bien recortados de su jardín vio los coches a su puerta y decidió que de una vez por todas convendría descubrir si los ángeles triunfaban sobre los demonios?, ¿o viceversa? Tanto los presentes como los demás habitantes de la ciudad estaban de acuerdo en admitir que usando métodos distintos Elías y Castelló llegaban a todas partes con la velocidad del rayo, como transportados por ubicuos poderes sobrenaturales ajenos a los meramente mecánicos.

El caso es que bajo la luz de una media luna y de las estrellas tintineantes, ambos conductores decidieron no prestar oídos a la oposición de sus respectivas esposas y se colocaron al frente de los volantes. Uno apretó la bocina gritando a todo el furor de sus pulmones, abran paso señores partiendo con el escape abierto, dentro de un estruendo de humo y hedor espantoso. El segundo se despidió de la concurrencia aglomerada en la banqueta, se caló los anteojos, se calzó dedo por dedo sus guantes y emparejó la carrera rumbo al Ajusco. Al encontrar una y, Arturo subió una cuesta y José bajó una sima; pero tras su mucho caminar los dos llegaron milagrosamente, en la misma fracción de segundo, al sitio convenido, la esquina de Aire Puro y Agua Cristalina. ♦